

Gracias a mis hermanos de La Cena

Cuando entré por primera vez en la iglesia de la Hermandad de la Cena lo hice con ilusión, respeto y casi temor, por no saber si estaría a la altura. Fui invitado por Raúl, mi amigo y hermano, para “tapar un agujero litúrgico” como me gusta decirle. Pasados unos meses me pidieron predicar el Triduo a la Virgen del Subterráneo, y mi temor creció hasta casi miedo por no ser un predicador al uso. Comencé, y el primer día un hermano me dijo: “me estoy enterando, esto pinta bien”. Me alegró y animó, pues sólo pretendía eso. Poco tiempo después se hizo realidad un sueño: pertenecer a una Hermandad de Penitencia de Sevilla. Y juré la Regla de la Hermandad de la Cena: de mi Hermandad. Gracias por aceptarme.

La Semana Santa se iba acercando. Lo primero que vi fueron los impresionantes y sencillos traslados de nuestras sagradas imágenes a sus pasos procesionales. Con gran dignidad y devoción que nacía de una fe sincera y una religiosidad viva. Y, días después, llegó la tarde del Domingo de Ramos, en la que salíamos para hacer la Estación de Penitencia en la Santa Iglesia Catedral. Fue agrídulce, como aquella Última Cena de Jesús: dulce por estar con sus hermanos, y agria por esconder un sufrimiento. Y yo, con mi hábito de fraile Capuchino, feliz y asombrado, me disponía a vivir la primera Estación de Penitencia con mi Hermandad de la Cena. Y fue de la siguiente manera.

La preparación. Comenzamos con una Eucaristía y pidiendo al Señor estar a la altura y dar testimonio cristiano por las calles de Sevilla. Algunos iban a confesarse con un sacerdote. Otros rezaban ante la sagrada imagen de su paso, mirándole fijamente a los ojos, como quien no tiene nada que ocultarle y confía plenamente en su Señor o en su Virgen. Los veteranos daban gracias por estar un año más allí, y los nuevos porque estábamos allí por primera vez. Veía cómo los hermanos se deseaban “una buena Estación de Penitencia” con emoción en la voz y lágrimas en los ojos, pues habían esperado este momento durante un año, en realidad “dos”. A mí también me lo deseaban, era como decirme ¡bienvenido! Ah, y por último, una cosa que me impresionó: en medio de todo el barullo de hermanos, el joven Pertigero de los acólitos, que tuvo buen maestro como luego veremos, los puso a todos en círculo, y como si la iglesia estuviese vacía les dijo: ahora y aquí a rezar todos un Padrenuestro para empezar la Estación. Y allí los tienes a todos rezando como Dios manda. Prueba de que no todo es superficial ni folclore religioso. ¡Basta con quererlo ver!

La salida. Y llegó la hora. Se abrieron las puertas y empezó nuestra Estación de Penitencia. A mí me habían asignado un puesto inmerecido en la presidencia del tramo del Señor de la Cena. Cuando salió el paso,



> Jesús Vega

> **Pedro Enrique jurando como hermano de la Hermandad.**

me dijo el hermano Fiscal, siempre cercano y atento conmigo: mira el sol en la calle Sol. Pero el hermano sol desaparecería más tarde, dando paso a la hermana lluvia, aunque más bien fue una hermanastra fastidiosa en una pesadilla. Y comenzamos a procesionar por las calles y con las gentes. Hasta que de pronto la lluvia se presentó. Un chaparrón fuerte y permanente. Pero seguimos adelante con la ilusión de que sería pasajero, según las predicciones. No fue así, y frente a la iglesia de San Pedro, entre grandes aplausos, nos volvimos.

La vuelta atrás. Aquello era para vivirlo y no contarlo. Estábamos empapados, llovía a raudales, nos caía el agua por la frente y la gente aplaudiendo con las manos y con el corazón. Y todos, con un nudo en la garganta, volviendo corriendo a la iglesia por el mismo recorrido anterior. Y, otra vez, en la calle Sol salió el sol, casi disculpándose por el retraso. Pero fue a la entrada de la iglesia cuando, de pronto, un hermano costalero, alto y robusto, rompió a llorar apoyándose en la puerta, yo sólo le pude ofrecer mi sincero abrazo y unas “inútiles” palabras de consuelo. Todos entramos emocionados y con lágrimas en los ojos o llorando de forma desconsolada. El hermano Prioste 1º, con sus ojos llenos de lágrimas, parecía no querer creerse lo que estaba pasando. Y cuando los pasos estuvieron en su lugar, el hermano Director Espiritual nos felicitó por haber estado “a la altura y dado testimonio”, y nos ánimo a rezar un Padrenuestro, unidos al Señor y la Virgen. Al finalizar, me crucé con un hermano que me dijo: vaya estreno, lo siento mucho. Le contesté: yo también, especialmente por vosotros después de tanto trabajo y sacrificio. Al dejarlo, fue cuando me encontré con un hermano joven, ayudante de Culto, el maestro antes citado, al que había visto durante meses enseñar a los acólitos a vivir las Funciones Litúrgicas. Estaba desconsolado, nos abrazamos llorando, y él me decía: lo siento por los niños, por los niños (los acólitos). Eso es saber morir a uno mismo y pensar en los demás. Yo sólo le pude ofrecer un sincero abrazo. Y, finalmente, busqué al Hermano Mayor, a Joaquín, para darle un abrazo, y

“Pero fue a la entrada de la iglesia cuando un hermano costalero, alto y robusto, rompió a llorar apoyándose en la puerta, yo sólo le pude ofrecer mi sincero abrazo y unas ‘inútiles’ palabras de consuelo”

me atreví a decirle desde el corazón: habéis aguantado hasta el máximo y habéis decidido bien, ánimo.

Los cuidados. En la sacristía, el hermano Diputado Mayor pidió a los otros Diputados que se quedaran un poco más: ¡quería verlos y cuidarlos! Me invitaron a quedarme. Poco después, nos ofreció unos bocadillos y se puso a hablar con ellos. No sé lo que les dijo, pues me había retirado, no era mi lugar, pero terminaron aplaudiendo. Yo me había marchado a la pequeña puerta de la iglesia y, sin abrirla, miraba por los cristales para ver lo que pasaba. Pero llegó el Diputado Mayor y me dijo: “usted pude pasar”. Fue el broche de oro. La iglesia se había convertido en un lugar de “cuidados intensivos” de amor y cariño al Señor y a la Virgen. Un verdadero auto-sacramental. Yo me quedé quieto junto a la puerta, como una estatua con hábito, no quería molestar, no era mi sitio, era el de ellos. Pero ¡qué santa envidia! verles cuidando las sagradas imágenes y sus pasos. No arrastraban el papel o los paños, no. Los empapaban con cariño y delicadeza, como se cura la herida de la persona querida o se repara el objeto (los pasos) más querido. Y los papeles utilizados los dejaban en un recipiente, no por el suelo. Habían sido utilizados para cuidar al Señor y a la Virgen y sus pasos. Qué espectáculo de amor: al fondo, dos hermanos secando la parte inferior del Palió de la Virgen; en el centro, otros dos hermanos terminando de vestir al Señor de la Cena, uno por el dorso con mimo para no molestarle, y otro por delante, fijando con alfileres su cingulo sin pincharle; y frente a mí, una hermana secaba la espalda del Señor de la Humildad y Paciencia como lo hace una madre, un hermano joven secaba el rostro y dedos con inmenso cariño, y otro enjugaba la madera del paso, una y otra vez con imitada paciencia. Y seguro que más hermanos cuidando de otras cosas y que yo no los veía. ¡Cuánto me hubiese gustado ayudarles! Pero no me atrevía ni a pedirselo, eso era para ellos, era su trabajo y su amor. Yo ya tenía bastante con estar cerca y verlos.

Gracias a mis hermanos de La Cena por vuestro testimonio humano, cristiano y cofrade. Nunca lo olvidaré.

Fr. Pedro Enrique, capuchino

Bienvenida a nuestros nuevos hermanos

Desde este espacio, la Hermandad quiere dar la bienvenida a los casi 80 nuevos integrantes, que se han hecho hermanos en estos últimos meses. La Cena sigue creciendo, sobre todo la cantera de los jóvenes y niños, que son el futuro de la Hermandad.



> La familia Suárez Gómez tras su jura como hermanos.

> José Suárez



> Algunos de nuestros nuevos hermanos tras su jura durante los Cultos del Señor de la Humildad y Paciencia.

> Juan Manuel Domínguez